

Hemos tratado de completar estos bloques con tres **Actividades de evaluación** en los que proponemos diferentes modos de valorar lo realizado: cuestionarios sobre los conocimientos adquiridos, concursos en torno la figura de Arrupe y una exposición de los trabajos realizados por los alumnos y alumnas durante las sesiones en el aula.

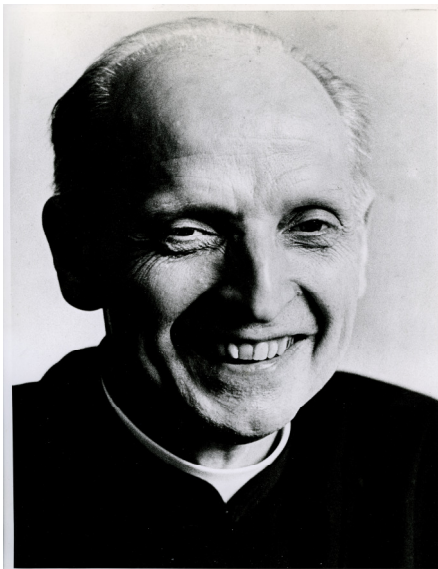
Como apoyo y anexo a estos materiales de trabajo presentamos dos bloques adicionales:

- a) **Orar con Arrupe:** en donde a través de una serie de sucesos, textos y monólogos imaginarios en clave de oración, se propone un acercamiento humano e interiorizado a la figura del Padre Arrupe.
- b) **Un minuto con Arrupe:** bajo este epígrafe ofrecemos testimonios breves sobre el Padre Arrupe o frases célebres citadas por él mismo.

2.- Recursos pedagógicos

2.1.- Arrupe: vida y legado.

Su vida: “*biografía sin tinta*”



“*La biografía más interesante es la que se escribe sin tinta, porque lo más importante de una vida es incomunicable*”: fueron palabras dictadas por el corazón de un hombre de una experiencia humana y cristiana inmensamente rica, que vivió su fe desde un enamoramiento visceral con Dios. Ese hombre fue Pedro Arrupe y Gondra. Sobre él nos han llegado infinidad de afirmaciones en las que vislumbramos a un hombre excepcional: “*Un hombre para la eternidad*”, “*la clave de la fuerza y perenne actualidad de su mensaje está en su autenticidad*”, “*su única aspiración en la vida fue la voluntad de Dios*”.

Esa biografía sin tinta a la que él se refería se inicia en Bilbao, en la calle de “La Pelota” el 14 de noviembre de 1907. Sus padres, Marcelino Arrupe (arquitecto) y Dolores Gondra, eran ambos naturales de Munguía, localidad vizcaína cercana a Bilbao. Al

día siguiente de nacer recibe el bautismo en la basílica de Santiago, actualmente catedral.

Sobre los inicios de su formación académica sabemos que ingresó en 1914 en el colegio de los **Escolapios** de Bilbao, en donde cursará el Bachillerato hasta 1922. A esta formación se le suma una experiencia que tal vez fue el inicio de su vocación de entrega a los demás: el 29 de marzo de 1918 ingresa en la **Congregación Mariana** de S. Estanislao de Kostka (“los Kostkas”, dirigida por el P. Bastera, el primer jesuita que conoció Arrupe). Pedro Arrupe llegó a ser vicepresidente de los “kostkas”.

En 1923 comienza el primer curso de **Medicina** en la Facultad de San Carlos de Madrid. Las notas de su carrera son extraordinarias: en casi todas las asignaturas, sobresaliente y matrícula de honor. Severo Ochoa, que llegaría a ser premio Nobel y que entonces era



condiscípulo de Arrupe, confesaría más tarde: *"Pedro me quitó aquel año el premio extraordinario"*.

Muere su padre en 1926 y, poco después, decide hacer un viaje a **Lourdes** con sus hermanas. Allí asiste a más de una curación milagrosa que él tiene ocasión de analizar desde su categoría de estudiante de Medicina. Diría: *"Sentí a Dios tan cerca en sus milagros, que me arrastró violentamente tras de sí"*.

El 25 de enero de 1927 ingresa en la Compañía de Jesús, en el **noviciado de Loyola**. El doctor Negrín, uno de sus profesores, hizo lo posible por no perder a un alumno tan brillante. Más tarde, iría a Loyola a visitar a Pedro: *"A pesar de todo, me caes muy simpático"*. Y allí se dieron un abrazo el futuro presidente del gobierno de la República y el futuro general de la Compañía.

Poco después de haber comenzado sus estudios de Filosofía en el monasterio de Oña (Burgos) y durante la II República, llega el decreto de **disolución de la Compañía** en España (1932). Arrupe parte al destierro con sus compañeros y profesores. Continuarán sus estudios en Marneffe (Bélgica) y en Valkenburg (Holanda), a donde le envían a cursar Teología. En la vecina Alemania surgía ya la fatídica sombra de Hitler y el nazismo. *"Para mí-diría más tarde- el encuentro con la mentalidad nazi fue un tremendo shock cultural"*.

El 30 de julio de 1936, mientras en España se vive la convulsa Guerra Civil, recibe la ordenación sacerdotal en Marneffe. En septiembre se traslada a los Estados Unidos para realizar estudios de moral médica.



El 6 de junio de 1938 recibe una carta del Padre General en la que le destina a la misión de **Japón**, servicio vocacional que él mismo había solicitado muchas veces a sus superiores y al que se sentía profundamente llamado. El 30 de septiembre embarca en Seattle rumbo a Yokohama. Después de varios meses de aprendizaje de la lengua y costumbres japonesas, en junio de 1940 es destinado a la parroquia de Yamaguchi, tan llena de recuerdos de San Francisco Javier.

Al día siguiente de entrar Japón en la II Guerra Mundial, el 8 de diciembre 1941, es acusado de "espía" y encarcelado. Él diría de aquella experiencia: *"Mi mayor sufrimiento durante todo aquel período fue puramente subjetivo y luego vi que plenamente injustificado. Me encontraba en la cárcel por ser extranjero y por predicar a todos los vientos el Evangelio"*. Al cabo de un mes es puesto en libertad, debido a la admiración que provocó su buen comportamiento y su conversación con carceleros y jueces. Pocos meses después le nombran **maestro de novicios**. Parte para el noviciado de Nagatsuka, una colina a las afueras de Hiroshima.



El 6 de agosto de 1945, a las ocho de la mañana, Arrupe es testigo de la explosión de la **bomba atómica sobre Hiroshima**. Inmediatamente, convierte el noviciado en un hospital de emergencia. Más de ciento cincuenta personas, abrasadas por la irradiación, son atendidas por una comunidad que apenas cuenta con medios y elementos para ello. Más tarde, Arrupe escribiría un libro sobre esta experiencia (*Yo viví la bomba atómica*); sus imágenes tan vívidas de aquel momento nos dan un reflejo de la intensidad con la que experimentó el Padre Arrupe la angustia y la agonía de los sufrientes y, principalmente, la necesidad de alguien que compartió y mostró su compasión: *"Visión dantesca la que se presentó a nuestros ojos. Es imposible imaginársela y mucho más describirla. Muertos y heridos en confusión terrible sin que se tendiese sobre ellos la compasión salvadora de un samaritano (...) Dolores angustiosos, porque, además de ser terribles, nadie los compartía para suavizarlos con un gesto protector, con una palabra de cariño"*. El Padre Arrupe fue el hombre que, desde su radical optimismo de hombre enamorado y desde la entrega sin límites a los demás, convirtió el dolor y el sufrimiento en un estallido de amor.



Aquellas vivencias cimentaron las bases del hombre que pasaría a ser nombrado primer Provincial de la Viceprovincia de Japón, es decir, **superior** de todos los jesuitas de **Japón**, el 24 de marzo de 1954. Este nombramiento le permite dar la vuelta al mundo pronunciando conferencias para recabar fondos para la Iglesia del Japón.

En 1965 el Padre Arrupe vive otro momento histórico: el 22 de mayo es elegido **general de la Compañía de Jesús** (durante la celebración de la Congregación General 31). Durante su generalato supo afrontar los tiempos azarosos y renovadores en los que entraba la sociedad humana y, muy especialmente, la Iglesia después del Concilio Vaticano II. Lleno de valor, de visión del presente y del futuro y, sobre todo, de una inquebrantable fe en Dios, tuvo que sufrir incomprendiones y contradicciones de todas partes, incluso, a veces, de las más altas instancias de la Iglesia. A pesar de ello, marcó unos nuevos derroteros, hoy ya imborrables, para la Compañía de Jesús, y que no dejarían de influir también en otros sectores de la sociedad. Como dirá su biógrafo, Pedro Miguel Lamet: *"cambió el 'orden y mando' de la férrea orden ignaciana por una sonrisa de amor evangélico, y la ascética cerrada en sí misma en un impulso positivo de servicio"*.



En la línea de estos cambios que provocó Arrupe, el 2 de diciembre de 1974 convoca la **Congregación General 32**, momento clave en la maduración del tema de la justicia. Arrupe definió de la siguiente manera el objetivo de esta Congregación: *"(...) La necesidad de buscar, precisar y concretar aún más y de manera más efectiva el modo de servicio que la Compañía debe prestar a la Iglesia en un mundo que va cambiando tan rápidamente, y la necesidad de responder así al desafío que dicho mundo nos presenta"*. Supondrá un hito fundamental en la historia de los jesuitas, sobre todo por la proclamación de que nuestra fe en Dios ha de ir insoslayablemente unida a nuestra lucha infatigable para abolir todas las injusticias que pesan sobre la humanidad.

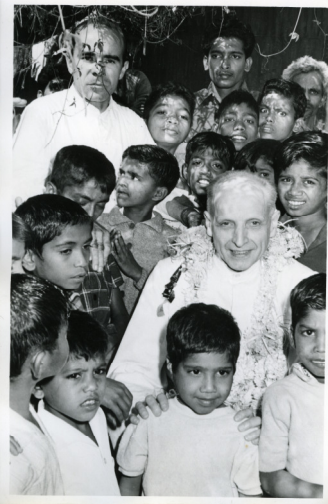
Durante estos años el Padre Arrupe sigue viajando por todo el mundo, tratando de acercar su figura sencilla y voluntariosa a cada jesuita y haciendo más cercana y real una Iglesia universal, abierta y dialogante. El 7 de agosto de 1981, de vuelta de uno de aquellos viajes (de Oriente precisamente) y ya en Roma, en el taxi que le conducía del aeropuerto a la ciudad, sufre una trombosis cerebral que le deja **incapacitado** del lado derecho. Al día siguiente le administran el sacramento de los enfermos.

El 26 de agosto el Papa Juan Pablo II nombra un delegado personal para atender al gobierno de la Compañía en la persona del jesuita P. Dezza. Se interrumpe así el proceso normal de nombrar un sucesor por medio de una Congregación General. El P. Arrupe y, con él, toda la Compañía, reaccionaron con dolor pero con **obediencia total** a las decisiones del Romano Pontífice.

El 3 de septiembre de 1983, reunida por fin la Congregación General, el P. Arrupe presenta su **renuncia** al cargo ante todos los Padres congregados. Pocos días después, el P. Peter-Hans Kolvenbach es elegido General de la Compañía. Su primer gesto fue abrazar al P. Arrupe mientras le decía: *"Ya no le llamaré a usted Padre General, pero le seguiré llamando padre"*.

Después de casi diez años de dolorosa inactividad y de ofrenda física y psíquica por la **Compañía, la Iglesia y la Humanidad**, el 5 de febrero de 1991 entrega su alma a Dios en la casa generalicia de los jesuitas en Roma. Días antes, ya en agonía, le había visitado Juan Pablo II.

Su legado: “el triunfo del Padre Arrupe”



En 1973, en el X Congreso de Antiguos Alumnos en Valencia, Arrupe expresó lo que supuso una idea y un deseo rompedor en aquel momento: *“Debemos ser agentes de transformación en nuestra sociedad, trabajando activamente por cambiar las estructuras injustas”*. En estas palabras se condensa la que sería una de las llamadas más lúcidas de este hombre adelantado del diálogo con el mundo y las ideologías y amigo de los refugiados, marginados y víctimas de los errores de la historia.

El carácter del P. Arrupe, su carisma, su espiritualidad y su radicalidad evangélica lo convirtieron en una de las grandes figuras de la Iglesia del siglo XX, por lo que su “hacer” y su “pensar” han influido mucho dentro y fuera de la Compañía de Jesús. En un mundo que nos ofrece constantemente ídolos de barro (del fútbol, la música y el cine), personas como el Padre

Arrupe son un ejemplo para aquellos que en su vida quieren apostar de verdad por valores realmente positivos, capaces de dar sentido a la vida y realizarla plenamente.

Este hombre, enamorado de Jesús y de todos los hombres y mujeres, quiso mostrarnos en sus palabras y acciones un modelo de vida a la manera del Evangelio: *“Señor, tú mismo nos dijiste: «Os he dado ejemplo para que me imitéis» (Jn 13,15). Quiero imitarte hasta el punto de que pueda decir a los demás: «Sed imitadores míos, como yo lo he sido de Cristo» (I Co 11,1). Ya que no pueda decirlo físicamente como San Juan, al menos quisiera poder proclamar con el ardor y la sabiduría que me concedas «lo que he oído, lo que he visto con mis ojos, lo que he tocado con mis manos acerca de la Palabra de Vida; pues la Vida se manifestó y yo lo he visto y doy testimonio»”*

Sus palabras y su vida nos dan una idea del triunfo de los mensajes del Evangelio; el triunfo de la fe que tomó de Jesús y que depositó en los hombres y mujeres capaces de “imitarle” y empeñados aún en mantener vivas las semillas que él sembró y las raíces que aún permanecen. Nos quedan sus palabras y su legado resumidos en una llamada: *“Ser hombres y mujeres para los demás”*.

Hoy, en el Centenario de su nacimiento, el Padre Arrupe presta su nombre a instituciones que participan activamente de su legado y de su **amor por los demás**: Centro Arrupe de Bilbao, Aula Padre Arrupe, Voluntariado Padre Arrupe, Fundación Arrupe, Instituto Arrupe de Derechos Humanos, Comunidad Juvenil Padre Arrupe, etc.